

DESDE UN PAÑUELO HASTA UNAS FLORES SECAS.

Presentación de la *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*, de Marco Antonio Campos y Luz América Viveros (eds.). Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2022.

ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ*

DE 1877 A 1912 EN MÉXICO, los movimientos literarios modernista y decadentista recrean un país de frontera: ansioso por dejar atrás el horror de la guerra, participar del ambiente artístico europeo, encaminarse hacia el siglo XX y configurar su identidad estética. Lo hicieron desde distintas formas literarias, una de ellas, el cuento: un género más o menos reciente, que se había asomado apenas en 1814, una historia breve, completa, publicada por José Joaquín Fernández de Lizardi, en el medio con mayor difusión, el periódico. Y es este género el que convoca a Luz América Viveros y Marco Antonio Campos para seleccionar 33 relatos de 16 autores mexicanos modernistas y decadentistas.

El estudio preliminar es un trabajo que considero un ensayo fundamental acerca del cuento como género literario y acerca de su historia y fortuna en este país. Los antologadores tienen una mirada aguda para señalar algunas condiciones para la evolución del género. De su formato en periódicos y revistas y la posibilidad de los autores de darse a conocer mediante esas historias breves, surgen muchas de las características del cuento moderno, como la utilización de los indicios, la síntesis y reducción de reiteraciones o el deslizamiento de la crónica hacia la ficción breve. Asimismo, observan cómo la figura del editor también contribuyó en la formación del lector del cuento con la disposición gráfica y el corte como recurso del suspenso.

De la transgresión modernista y decadentista, se matiza el cuento con su característica malicia y profundidad psicológica. Del decadentismo, su afán de provocar, arremeter contra las costumbres y la moral burguesas.

* Académica de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

El prólogo nos ofrece, además, una reseña literaria de los autores incluidos en la selección que nos orientan acerca de los estilos desplegados en los relatos. En mi caso, quiero detenerme en las aportaciones hacia el cuento como laboratorio constante de experimentación.

“Lanchitas” de José María Roa Bárcena parte de la leyenda para construir un cuento fantástico, un tipo de relato que tendrá eco en el cuento moderno mexicano: por un lado, el hecho sobrenatural ofrece un elemento de prueba, el pañuelo –como la flor del sueño de Coleridge–; por otro, el hallazgo de los restos emparedados como explicación tradicional de la existencia de aparecidos.

Algo similar ocurre en los tres cuentos seleccionados de Vicente Riva Palacio. Son historias ubicadas en los primeros años de la Colonia y en Europa: personajes ingeniosos, capaces de transformar una anécdota cotidiana en un hecho singular. En particular, “El matrimonio desigual” contiene episodios de reencarnación, vuelta a la memoria, probable locura, ya totalmente alejado de la leyenda.

De Pedro Castera, me llama la atención que, tratándose de un tema tan porfiriano –y mexicano–, no haya más relatos relacionados con la minería. El primero, “En plena sombra”, recrea muy bien el ambiente interior de la mina: la oscuridad y el temor, como motivos del tema de enfrentamiento con la naturaleza. Mientras que el segundo, “La guapa”, organiza una trama con un claro manejo del suspenso: la joven atractiva y determinada en la defensa de su honra y el rayador obsesivo, enfrentados por la fuerza de uno y otro.

Justo Sierra Méndez en un par de historias, “Marina” y “Sirena”, comienza a explorar técnicas que ya son tradicionales pero se actualizan: llamar a las lectoras ciudadanas, en un ejercicio de narrador en segunda persona que sabe que sus lectoras deben hacer un esfuerzo por trasladarse hacia un paisaje distinto del que las rodea, para invitarlas a que se involucren con una narrativa particularmente poética, con mucha intertextualidad de leyenda, como indican sus títulos.

Juan de Dios Peza se ocupa, principalmente, de la anécdota o crónica en que se imprime la nostalgia y la reflexión que funcionan como cierre con cierto giro estético: “Castañas calientes” y “Allí no se sientan los indios”. Ambos textos están inspirados en cierta admiración por personajes de origen humilde, caracterizados por la nobleza y la dignidad.

Cada vez más reconocida y visibilizada, Laura Méndez de Cuenca es la única escritora antologada. Si bien ya la sola escritura de mujeres es un atisbo a la modernidad, con “Los dulces de los Santos Reyes” y “La curva”, que

contienen la presencia de personajes infantiles, poco frecuentes en nuestra narrativa, y el testimonio de la relación México-EE. UU., ya se aprecia la búsqueda de temas y personajes originales.

Manuel José Othón, presente aquí con “El montero Espinosa”, ya observa las posibilidades que ofrece para el crimen el accidente de tráfico. El melodrama y una cierta intención didáctica debilitan la exploración del ánimo vengativo del personaje.

Manuel Gutiérrez Nájera resulta un autor en los dos extremos, y en esta selección es más que evidente: melodrama trágico con el experimento de una segunda persona: apelar a “La mañana de San Juan” como narratario a quien se le expone una historia tristísima de personajes infantiles. Y “La cucaracha” que sorprende por la elección del personaje: un dandy convertido en insecto, como si adivinara que el individuo moderno se sentiría identificado con el sinsentido e intrascendencia con que asociamos a esos bichitos.

Los cuentos “La autopsia” y “Una duda” nos ofrecen la visión de un presente sombrío y, me atrevo a afirmar, lúgubre: el conocimiento asociado a la deshumanización, el personaje femenino estancado en la dicotomía esposa-prostituta y la máquina asociada a la muerte: el expresionismo cinematográfico del siglo XX hubiera hecho buena mancuerna con Carlos Díaz Dufoo, autor de ambos relatos.

En verdad, esta antología muestra que el periodo contiene una exposición de los tópicos femeninos del siglo XIX: Alberto Leduc añade a la mirada a la prostitución, en diferentes rangos, la mirada a la “mujer sabia” que rechazó el matrimonio. “La fragatita”, “¡Divina!” y “La bachillera (recuerdos de un cuarentón)”, si bien amplía el catálogo que se limitaba a la mujer rubia-mujer morena, en realidad es pesimista en lo que respecta a sus posibilidades de supervivencia: error garrafal. Al menos tienen un poco más de capacidad de acción que la “¡Pobre Jacinta!” de Ángel del Campo.

Con Amado Nervo, en cambio, ya inicia una visión más actual del cuento: reflexión sobre el cuento y el acto de lectura en “Las casas”. Cómo el personaje se apodera del escritor. O en “Un cuento”, tenemos la reflexión sobre la escritura como tema del mismo cuento, del surgimiento del argumento. En ese sentido, “El automóvil de la muerte” anuncia la modernidad, el gore, el plan asesino.

Y es que varios elementos del cuento de terror, hoy tan actual, ya están perfilados en el cuento de este periodo: Ciro B. Ceballos nos presenta a un infanticida, y un profanador y violador de cadáveres, además de asesino, en “De viaje” y “La muerta”.

De Rubén M. Campos, los antologadores eligieron “El nido de las águilas” y “La noche horrenda” que exploran el enfrentamiento del ser humano contra la naturaleza, asunto intemporal sin duda, del que el primero tal vez sobreviva, pero debe pagar esa afrenta.

Es difícil evitar la asociación entre los últimos cuentos de la antología y el cuento de terror, y en ese sentido, la idea de “La cabellera” de Efrén Rebolledo se organiza a partir de unas imágenes sugerentes, como el del ebrio con los sentidos embotados y en el límite de su existencia y su percepción, entre psicológica y paranormal, del cabello de la joven dormida. O la actualización necrofilica de la mitología que hace Bernardo Couto Castillo en “Cleopatra” y “Blanco y rojo”.

Para llegar al momento estelar del cuento del siglo XX: “La cena” de Alfonso Reyes. Con sus juegos temporales, sus personajes enigmáticos, difíciles de ubicar y más cercanos a la narrativa universal que a los tipos nacionales.

Llegando al final de mi lectura “evolutiva”, considero que el cuento mexicano, desde sus inicios, se desarrolló saludablemente, se permitió la libertad para experimentar técnicas y temas, buscó la formación de su público lector y alcanzó una madurez que se hizo evidente en la narrativa breve posterior. Un proyecto como el de Marco Antonio Campos y Luz América Viveros muestra que el cuento moderno, que ha tenido momentos de plenitud, no ha sido ni será un acontecimiento fortuito o aislado, sino un impulso constante cuyos orígenes deben ser reconocidos y revisitados.

REFERENCIAS

Campos, M. A. y Viveros, L. A. (eds.). (2022). *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*. Universidad Nacional Autónoma de México.